

Enrique Badosa: «Subirachs: pintura escultórica y...», *ABC Cataluña*, 10 de octubre de 2005, p. 26

Después de años de intenso y original quehacer, Josep M^a Subirachs está a punto de acabar su obra en el Templo de la Sagrada Familia. Obra escultórica, por supuesto. Ahora, el artista da los últimos toques a un espléndido Sant Jordi. Y recordemos que no hace mucho se colocó, en la Fachada de la Pasión, el bronce en que Subirachs plasmaría una impresionante figura de la Ascensión de Jesús. A tal entrega artística le sigue, la que, actualísima, se puede y se debe admirar en la sala «Artur Ramón». La actividad del Subirachs pintor. No actividad nueva, pero sí presentada para manifestar esa dimensión del arte de Subirachs expuesto por primera vez en las paredes de una galería de pintura.

Josep M^a Subirachs pues, no tanto como escultor que en ocasiones aunó cincel y pincel, sino como decidido pintor que plasma su obra en superficies enmarcadas que denominamos «cuadros». ¿Abandono del mundo escultórico? No. Visión de este orbe desde el trabajo de una mano que ase el pincel sin olvidar, qué va, la maestría con la que empleó el escoplo. Ni olvido de esta maestría ni del peculiar, personalísimo contenido de lo que Subirachs significa no sólo como escultor con estilo propio, sino también como contemplador esmerado de mucha de la simbología que a través de siglos ha constituido una suerte de alfabeto mediante el cual explicarnos tantísimo de lo humano y no poco de lo divino.

Nuestro escultor posee un caudal de símbolos que, procedentes de una universal cultura plasmada en lo pictórico, en lo escultórico, en lo conceptual de artistas e incluso pensadores nos precedieron, sabe convertir en interpretación y estilo propios. El mundo mitológico griego, la mística luliana, el enigma egipcio, la rotunda creatividad renacentista..., acogidos en una plástica que a la vez que evoca con reverencia, le dota de esa originalidad que permite que enseguida reconozcamos que quién trabajó es Subirachs. Y si esto ha venido siendo así en la tarea del escultor –nunca ajena a la del dibujante, grabador, pintor- en las tablas expuestas en la sala «Artur Ramón» todo queda magnificado en línea i en color.

Subirachs, severo y al mismo tiempo alado en su trazo, ahora espléndido de policromías en las que la escultura reverbera luces más allá de la piedra. Pintura escultórica, por así decir y verificar. También, pintura arquitectónica. Todo en un ámbito en el que no faltan ni la tierra, ni el mar, ni el cielo, ni elementos arbóreos. Todo ello en un espacio a la vez reconocible y enigmático.

Ámbito en el cual no sólo se inicia un dédalo –símbolo tan grato a Subirachs-, sino que nos envuelve un silencio no menos laberíntico. Subirachs nos sitúa en la a veces inquietante luz de sus símbolos como quien dice

escritos con la exigencia del poeta que medita la humana condición. Poética, en muchas ocasiones, su pintura. Poética por rotunda y arriesgada en aceptar más que el enigma, el misterio que trasciende de formas geométricas pintadas como si el artista las acabase de descubrir por y para sí mismo y para nosotros. Una vez más, el arte como medio de conocimiento y, por qué no, suscitador de inquietud mediante la belleza.

El Subirachs pintor nos sigue conduciendo, ahí donde en otras ocasiones nos llevó más allá de una primera contemplación de su obra. Ahora lo hace mediante un pincel-cinzel que a la vez que le afirma como el escultor que siempre ha sido y es, le asegura como el pintor que ya está regalando.